

## ENTRE LA REPRODUCCIÓN Y LA RESISTENCIA.

Decolonialidad y Despatriarcalización a través de la Construcción de Identidades en el interior de la Familia

Alfonso Ruiz Núñez<sup>1</sup>

**Resumen:** En este artículo se lleva a cabo una revisión crítica sobre las interrelaciones que surgen entre la reproducción cultural, las estrategias de dominación social-cultural y la construcción de identidades de género en el interior de la familia. Se parte de la idea de que lo microsocioal y/o lo cotidiano representan el principal anclaje de las categorías de dominación cultural; y éstas representan la base de las categorías de la colonialidad. Por tanto, este artículo plantea que cualquier proceso de deconstrucción, así como cualquier proyecto de decolonialidad, requiere de la deconstrucción de las categorías más básicas de la dominación social; y además, que el modelo patriarcal es el primer elemento del pensamiento colonial. Por tanto, cualquier estrategia de decolonialidad en el mundo contemporáneo debe partir de los intentos de despatriarcalización del modelo sociocultural dominante.

**Palabras-clave:** Dominación sociocultural. Decolonialidad. Despatriarcalización. Identidades de género. Cambio social-familiar.

**Abstract:** This article realizes a critical revision about the interrelations between cultural reproduction, the socio-cultural domination strategies and the building of gender identities inside the family. The starting point is that the microsocioal and/or the daily life represent the principal key of the cultural domination categories; and these represent the base for the coloniality categories. Because of that, this article argues that any deconstruction process, as well as any decoloniality process, requires deconstruction of the most basic categories of the social domination; and also, that the patriarchal model is the first element of the colonial thought. For that reason, any decolonial strategy in the contemporary world must start from the attempts of despatriarchalization of the dominant sociocultural model.

**Keywords:** Sociocultural Domination. Decoloniality. Depatriarchalization. Gender Identities. Socio-Familiar Changements.

---

<sup>1</sup> Investigador del Instituto de Iberoamérica. Miembro del Grupo de Investigación Multidisciplinar de Migraciones en América Latina (GIMMAL). E-mail: alfonsoruiznunez@gmail.com>

## I. Notas Introdutorias. *Dominación, Identidad, Poder y Cultura.*

El objetivo de este trabajo es llevar a cabo una revisión –crítica– de la relación existente entre la reproducción cultural, la dominación y la construcción de identidades a partir de las instituciones sociales –a nivel micro–, concretamente a través de la familia. Partiendo de la institución familiar, entendida como unidad básica de ‘lo social’ –más allá del individuo–, se observará cómo a través de la construcción de identidades en su interior se reproducen las micro-relaciones de poder que sustentan las lógicas culturales de dominación, principalmente las de género, aunque no de manera exclusiva.

Como aproximación teórico-metodológica se expone que el enfoque, de carácter principalmente microsocioal, diferencia básica y principalmente entre 3 niveles de instituciones –micro, meso y macro– y 4 categorías clave de dominación –género, clase, raza-etnicidad, sexualidad– (QUIJANO, 2000; CASTRO-GÓMEZ y GROSFOGUEL, 2007, p 14).

Se observa también, aunque en menor medida, cómo algunas de las instituciones que se localizan en otros niveles de la ‘realidad’ social influyen en la reproducción cultural. Cómo afectan a la construcción de los significados que los individuos hacen tanto de sí mismos como del entramado sociocultural en el que se encuentran, en el que viven (GOFFMAN, 2001); algo a lo que se suele, o al menos se solía llamar, sociedad (DE MARINIS, 2005)

Se entenderá por tanto que la(s) identidad(es) se convierte(n) en una cuestión central para comprender la reproducción de las lógicas culturales de dominación (QUIJANO, 2000, p. 371-374), con especial énfasis en las relaciones de género/poder (BOURDIEU, 2000). Por ese motivo se plantea que el cambio en estas identidades es una clave tanto para comprender como para fomentar el cambio en las relaciones de poder y en la legitimación de la dominación cultural. Se trata de una potente herramienta de decolonialismo y/o de lucha contra la opresión cultural a través de las prácticas sociales de la vida cotidiana.

Pero también se debe considerar que, precisamente por esta razón, se trata de uno de los mecanismos más potentes y efectivos de la reproducción de las relaciones de poder y su legitimación. Se trata de un arma de doble filo: se encuentra(n) entre la reproducción y la resistencia.

La paradoja se da al tener en cuenta que las relaciones de poder tienen un papel importante en la construcción de identidad(es), pero dicha(s) identidad(es) es(son) influida(s) por otros fenómenos y dinámicas socioculturales (HALL, 2003; HARAWAY, 1991), por lo

que un cambio en la percepción de lo que se ‘debe ser’ –identidad– puede influir sobre la configuración de estas relaciones de poder.

Se entenderá que en torno a este poder fluyen diferentes tipos de capital, entendiéndolo como el motor de dicho poder. Siguiendo a autores como Bourdieu (2000, 2011), ya un clásico en torno a las sociologías de la dominación, y junto a Wacquant (2005) podemos identificar 4 principales tipos de capital: económico, cultural, social y simbólico<sup>2</sup>.

Por la perspectiva de este trabajo, se prestará especial atención al campo simbólico y al social (BOURDIEU, 2000), como elementos clave en la construcción de identidad(es) a nivel individual, y procedentes puramente del campo sociocultural. Sin embargo, algunos de los objetivos transversales de este trabajo son (a) observar la relación que se da entre la posesión de diferentes tipos de capital, y (b) cómo a través del campo simbólico se reproduce la dominación a nivel micro.

La relación entre el poder y la acumulación de diferentes tipos de capital se complejiza, y lleva sus efectos sobre la cultura y las micro-relaciones de poder a partir de categorías o elementos más estructurales. En palabras de Castro-Gómez y Grosfoguel “forma con éstas una ‘heterarquía’, es decir, la articulación enredada (en red) de múltiples regímenes de poder que no pueden ser entendidas desde el paradigma marxista” (2007, p 14), deben observarse desde una perspectiva más amplia y abierta.

Se plantea aquí, por tanto, una necesidad de interdisciplinariedad de los estudios y del saber decolonial para que éste sea exitoso y completo.

Desde este punto de vista, se entiende la interdisciplinariedad como un método de generación de conocimiento y herramienta crítica del saber –y del poder–, cuya estrategia pasa por aunar saberes, experiencias, subjetividades, etcétera.

Todo esto con el objetivo de lograr la creación de ‘nuevos’ espacios a partir de la intersección de los mismos, de los ‘ya existentes’ (LUGONES, 1994, p 471; SANDOVAL, 2000).

Se pone de manifiesto la necesidad de generar espacios propios para nuevos actores, o actores con nuevos roles, papeles y reconocimiento, actores que se empoderan mediante la

---

<sup>2</sup> El capital *económico* hace referencia básicamente a la acumulación de recursos económicos; el *social* hace referencia a aquellos recursos de pertenencia a grupos o posesión de redes de contactos y/o de influencia, o posesión de relaciones sociales en diferentes *campos*; el capital *cultural* refiere a la educación –institucional o ‘del hogar’–, las habilidades, el conocimiento, el gusto, el ‘saber comportarse’, etc. que es el principal diferenciador de clase, más allá del económico; y el *simbólico*, que son aquellos elementos que otorgan estatus y poder, sólo en tanto los otros individuos reconozcan dichos recursos/posición, como los inherentes al poder que otorga ser hombre en las sociedad patriarcales occidentales (BOURDIEU, 2011, p 199-224)

emancipación o liberación de diferentes formas o lógicas de opresión o dominación (SANDOVAL, 2000; WYNTER, 1991, 2003). Lo que autoras como las citadas en este párrafo han llamado en ocasiones ‘el tercer espacio’ o incluso el ‘tercer feminismo’.

Por otra parte, cabe destacar que se entenderá la identidad como un proceso de construcción social, cultural e individual (HALL, 2003; GOFFMAN, 2001; HARAWAY, 1991; GATTI, 2007) pero siempre partiendo del reconocimiento de significados colectivamente compartidos, por lo que no se pondrá especial énfasis en enfoques más propios del psicoanálisis o cercanos al esencialismo biológico (HALL, 2003). Se pretende, principalmente, observar las consecuencias sociales que traen consigo la construcción, reproducción y uso de las categorías de género provenientes de la(s) identidad(es) en relación a la reproducción cultural y, por tanto, de la dominación cultural y de género.

La identidad se presenta como una ‘ficción habitable’ (GATTI, 2010, p 17-18), una construcción social que debe ser representada para con uno mismo y frente a los demás (GOFFMAN, 2001), que otorga sentido y posición al individuo respecto de sí mismo y respecto del ‘Otro’ ayudando a su posicionamiento en el entramado sociocultural en el que vivimos y que se sustenta sobre la lógica de las relaciones sociales, que son en sí mismas relaciones de poder en tanto se producen dentro de un ‘campo’<sup>3</sup> (BOURDIEU, 2000, 2011; BOURDIEU y WACQUANT, 2005). Así, una definición ‘dura’ de identidad, de diccionario u origen etimológico, es “lo que es igual en todas sus manifestaciones, lo que siempre es idéntico a sí mismo”<sup>4</sup>.

Sin embargo, siguiendo a autores como Gatti (2007, 2010) o Hall (2003), entre muchos otros, se puede decir que el concepto de identidad se encuentra en esa situación de crisis y, sin embargo, debemos seguir utilizándolo a falta de uno que responda mejor al fenómeno del cual se está hablando. Un concepto que se ha convertido en “una porquería necesaria” (GATTI, 2010, p 8), incompleto pero útil en tanto no se encuentra aún uno mejor. Se trata de “una idea que no puede pensarse a la vieja usanza, pero sin la cual ciertas cuestiones clave no pueden pensarse en absoluto” (HALL, 2003, p 14).

---

<sup>3</sup> Se trata de un espacio dinámico, compartido por actores que se encuentran en diferentes posiciones respecto de un capital que se encuentra en dicho campo, y donde ‘luchan’ por la consecución del mismo. Esta lucha resulta de sus posiciones respecto de un capital que los actores pretenden conseguir (BOURDIEU y WACQUANT, 2005, p 147-173). Un campo puede venir dado por cualquier antinomia teórico-práctica de la vida cotidiana y de la que resulten diferentes posiciones respecto del poder. En este trabajo, la antinomia procedente del género y con vistas a la consecución o posesión del capital simbólico.

<sup>4</sup> Definición dada por el propio Gabriel Gatti durante el seminario “Identidades Débiles” ofrecido en el Institut des Hautes Etudes de l’Amérique Latine, extraída a partir de su obra (Gatti, 2007).

Por su parte, desde la sociología principalmente, aunque también desde otras disciplinas afines como la antropología por ejemplo, se puede observar la identidad desde una perspectiva macro y/o una perspectiva micro. Para la macro, el elemento central es representado por el Estado-Nación en tanto eje vertebrador de una realidad social propia de la Modernidad (GATTI, 2007). La micro, pone el foco de atención en el individuo en tanto que actor social que otorga y crea sentido, y es en mi opinión la más apropiada para entender el mundo contemporáneo, lo llamemos postmodernidad, modernidad líquida, etc. en función de los referentes teóricos a utilizar.

Se considera además que, para entender las dinámicas socioculturales que dan forma a las relaciones de poder en la vida cotidiana, y por tanto, al tipo/forma de dominación con raíces en cuestiones culturales, el enfoque más apropiado será el microsocio (QUIJANO, 2000, p 353-354).

Se considera que muchos grandes trabajos sobre la dominación –no sólo desde la sociología– se centraron sobremanera en la cuestión estructural como primera toma de contacto; y aunque muy necesaria e interesante, es insuficiente por sí sola. Éstos serían los autores más clásicos como Bourdieu (2000) con sus enfoques analítico-comprensivos de carácter más totalizador, o lo que ocurrió con algunos de los ‘padres del decolonialismo’ como Enrique Dussel o Walter Dignolo (CASTRO-GÓMEZ y GROSFOGUEL, 2007, p 18-21); acaban incluyendo la cultura, sí, pero desde una perspectiva macro y estructural.

Estamos entonces ante una discusión de carácter más teórico-epistemológico, la de la relación entre individuo y estructura, entre estructura y acción (DE MARINIS, 2005; GATTI, 2007), y por tanto, llegamos a un punto en el que debemos preguntarnos si es posible hacer ese corte o ruptura, si tiene sentido.

De manera esquemático-analítica puede resultar muy útil dicha antinomia, pero considero, basándome en autores como Bourdieu y Wacquant (2005, p 254) o incluso Quijano (2000), que dicha ruptura no es válida para pensar la realidad y/o la cultura, ya que el dualismo individuo/estructura –aunque también podríamos incluir otros del tipo objetivismo/subjetivismo o teoría/metodología, etc.– deben ser considerados, para una correcta interpretación, como un continuo.

Como punto de partida se muestra el marco analítico-interpretativo que se desarrolla y utiliza para comprender este fenómeno social. Se plantea una realidad social construida e interpretada por el individuo a partir de la interrelación entre dos planos que se retroalimentan y que sólo tienen sentido en tanto son reflejados en/por el otro plano:

1) El plano o ‘mundo’ de las ideas, de los significados y su construcción, de las representaciones colectivas a partir de las que el individuo comprende, construye e interpreta el mundo social;

[1/2]Un ‘semiplano’ intermedio donde se enraizarían principalmente las construcciones discursivas del individuo;

2) El plano o ‘mundo’ de las prácticas sociales, de las prácticas cotidianas que los individuos llevan a cabo y que pese a ser construidas, son reproducidas por diferentes individuos en diferentes situaciones. Y es precisamente entre estos dos planos donde, a mi entender, se sitúan las relaciones de dominación; y este plano intermedio es considerado como cultura.

Así, una humilde y resumida casi hasta el extremo ‘*definición*’ de cultura –insuficiente pero útil para acercarse al posicionamiento de este trabajo– podría ser: ‘el espacio donde las prácticas sociales, las invenciones/creaciones discursivas y los significados colectivos se encuentran, se reproducen y se llenan recíprocamente de sentido’. Ésto, en tanto las prácticas sociales responden a los significados colectivamente construidos, y éstos tienen sentido en la medida en que las prácticas reproducen la ‘veracidad’ de los mismos –de manera que dichos significados efectivamente responden y dan cuenta de estas prácticas [medibles y observables]–. Se trata de una relación mutua y recíproca, que sigue una lógica circular en torno a la construcción de ‘realidad’.

## **II. 1. La Construcción de Identidad(es) y la Jerarquización de las Micro Relaciones Sociales**

El concepto de identidad en el mundo contemporáneo se encuentra en una especie de crisis, ante una necesidad de ser repensado y reformulado. Ahora bien, la dificultad de repensar el concepto radica sobre todo en la inexistencia de tipos ideales, de identidades congruentes, estables y permanentes (GATTI, 2010).

Al carecer el concepto de un modelo, incluso de una ‘definición definida’, se hace necesario el estudio del mismo desde una perspectiva quizá más empírica que esencialista, tal como sugiere Gatti (2010) al denominar estas nuevas representaciones “identidades débiles”.

Se trata de aquellas identidades que escapan al algoritmo NTH<sup>5</sup>, “fragmentadas y fracturadas; (...) construidas de múltiples maneras a través de discursos, prácticas y posiciones diferentes, a menudo cruzados y antagónicos” (HALL, 2003, p 17). La identidad es entonces una especie de producto de su tiempo, radica en la representación y “se construye dentro del discurso” (HALL, 2003, p 18).

Uno de los elementos cruciales y quizá más primitivos de la identidad es la identificación, la cual viene a configurar la figura/idea del ‘nosotros’ en contraposición del ‘otros’. Sin embargo, podríamos decir que la identificación surge del proceso contrario; es decir, se trata del producto del desecho del resto no-afín. Hall (2003) señala que “las identidades se construyen a través de la diferencia, (...) a través de la relación con el Otro, la relación con lo que él no es, (...) con lo que se ha denominado su afuera constitutivo” (HALL, 2003, p 18.). Es una suerte de descarte y elección.

El concepto de consumo resulta muy acertado en tanto las identidades, hoy en día, no son, sino se consumen; se encuentran más en el plano del tener o el estar que en el plano del ser. Además, de alguna manera dota de sentido a la identidad misma en un contexto en el que la ficción del NTH resulta insuficiente para albergar la diversidad de discursos constitutivos de las “identidades débiles” (GATTI, 2007, 2010). Los nombres, los territorios y las historias se han mezclado, creando una especie de desconcierto ante lo inclasificable, lo que es pero no es.

Las identidades –porque sería inapropiado ya pensarlas en singular–, son ahora una especie de prueba (HARAWAY, 1991), algunas más pasajeras que otras, otras quizá más habitables, pero siempre ficciones<sup>6</sup>. Ficciones necesarias que actúan como placebo a la hora de reafirmar nuestra propia existencia. Es como un teatro cuya credibilidad depende del compromiso con la representación<sup>7</sup>, y esa es la esencia de toda ‘realidad’ social-cultural; sólo es real mientras sigamos considerándola como tal.

---

<sup>5</sup> Se refiere a la idea de que toda identidad, en el mundo occidental y bajo sus categorías de comprensión de la realidad, proviene de la posesión de Nombre, Territorio e Historia (GATTI, 2007, 2010).

<sup>6</sup> En el sentido de que no son más que construcciones socioculturales de significados colectivamente compartidos. Es una representación colectiva, que sólo es real en tanto es generada socialmente, y resulta ser una práctica/representación estructurada y estructurante, que refleja lo estructural a través del individuo y que a su vez dota de sentido a la estructura, aun entendiendo ambos como un continuo y no como una ruptura (ITURRA, 2003; SEGALÉN, 1992; GATTI, 2010; GOFFMAN, 2001).

<sup>7</sup> Se parte del enfoque teórico-analítico de propuesto por Goffman (2001), el “enfoque dramático”, el cual se puede resumir como: “el individuo se presenta y presenta su actividad antes los demás (...) [de forma] que guía y controla la impresión que los otros se forman de él, y qué tipo de cosas puede y no puede hacer mientras actúe ante ellos” (2001, p 11). Entiende la realidad y las relaciones sociales como un teatro con diferentes actores que desempeñan su papel en relación a unos significados colectivamente construidos y compartidos. El individuo “se presenta bajo la máscara de un personaje” (2001, p 11) [por ejemplo ser hombre, padre, proveedor, poseedor

*Sobre el Poder y las categorías de Dominación. El Género como Motor de la [Micro]Dominación Cultural en Occidente.*

Llegados a este punto se considera de vital importancia el hecho de ‘mostrar’ o ‘destapar’ todo aquello que encontramos bajo el orden simbólico con una apariencia de total normalidad o naturalidad.

Se entienden aquí las situaciones de dominación como una construcción social en sí misma. Además, se puede señalar que toda situación de dominación termina por legitimarse a sí misma en tanto que produzca una obediencia por parte del dominado, y en ese sentido la cultura es el elemento clave, en tanto espacio donde confluyen los significados colectivos, las creaciones discursivas y las prácticas sociales.

Esta es la esencia de la violencia simbólica, uno de los puntos centrales de la obra de Bourdieu y desarrollada especialmente en sus obras *La dominación masculina* (2000 [1998]) y *Las estrategias de la reproducción social*<sup>8</sup> (2011).

La violencia simbólica se presenta como una herramienta clave de la dominación social o cultural. Es entendida como aquella situación en la que el grupo dominado recibe esta posición de subordinación de una forma casi oculta. Siguiendo la aclaración o definición propuesta en Bourdieu y Wacquant (2005, p 162), se produce cuando el grupo dominado interioriza su posición de dominado respecto de una relación de poder preexistente al individuo, procedente de la estructura –más bien se traduciría como la cultura–; cuando tanto el grupo dominante como el dominado se piensan a sí mismos en base a las categorías del grupo dominante. Se da, otra vez, una clara interrelación entre las estructuras sociales y mentales (BOURDIEU y WACQUANT, 2005, p 205).

Pero para que el grupo dominado se piense a sí mismo en base a las categorías del grupo dominante –que es el gran constructor de significados, categorías y posiciones– se debe producir un hecho que justifique que dichas posiciones diferenciadas respecto del poder están basadas en una justificación biológica o natural –sobre todo al referirnos a las relaciones de poder en torno al género– (BOURDIEU, 2000). Esta es la noción de “naturalización” de los

---

central de poder económico y simbólico dentro de la familia, etc.] y necesita de otros que den sentido a su papel, que compartan esos significados que otorgan posiciones o ‘papeles’.

<sup>8</sup> Obra póstuma, editada por Siglo XXI Editores, que recoge algunos de los artículos más influyentes de Bourdieu sobre la cuestión de la reproducción social y cultural, muchos de ellos publicados originalmente en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* (París. CSE/EHESS)

procesos sociales, por los que un grupo enmascara un proceso de dominación o de establecimiento de posiciones de poder como si respondiese a una situación natural o biológica (BOURDIEU y WACQUANT, 2005, p 162).

De ahí la importancia de construir nuevos espacios (SANDOVAL, 2000; LUGONES, 1994; 2010), tanto físicos como socioculturales e intelectuales, como estrategia única para la decolonización real; que debe proceder tanto del ámbito cultural como del ámbito económico-estructural-institucional (CASTRO-GÓMEZ y GROSFUGUEL, 2007).

Así, las cuestiones relativas a dominación social o cultural se dan a partir de la imposición y reproducción de ideas que legitiman la reproducción de las prácticas sociales que acompañan a las posiciones de los individuos en determinados campos sociales (BOURDIEU, 2011)

Sin embargo, una de las mayores complejidades de este fenómeno es que cuando una situación de dominación es naturalizada, los individuos que conforman los diferentes grupos no toman conciencia de encontrarse en un campo en el que pueden competir por el capital que está en juego –principalmente simbólico– para revertir dicha dominación y modificar las posiciones respecto del poder (BOURDIEU, 2000).

Este es uno de los elementos centrales del poder y la dominación de género en Occidente, y es por tanto uno de los principales ejes culturales sobre los que se sostienen las lógicas de poder en estas nuestras sociedades occidentales-patriarcales (WYNTER, 1991, 2003).

Así, esta fue una de las principales debilidades de los teóricos decoloniales en sus inicios, ya que “categorías como ‘género’ y ‘raza’ eran frecuentemente olvidadas (...). Las ideas de Aníbal Quijano representaron una de las pocas excepciones a este enfoque” (CASTRO-GÓMEZ y GROSFUGUEL, 2007, p 18).

Además, no tendría sentido pensar por separado las cuestiones referentes a diferentes ámbitos de dominación y diferentes tipos de capital. Se da una enorme y constante interrelación entre los diferentes ámbitos a través de los que el colonialismo se ha impuesto como modelo/sistema hegemónico. Como señalan Castro-Gómez y Grosfoguel (2007) o Quijano (2000), un grave error de los análisis decoloniales fue esa ruptura entre la corriente ‘anglo’ centrada casi exclusivamente en los *cultural studies* y la corriente más próxima a la teoría del sistema-mundo, centrada sobremanera en la economía y la estructura económica.

Se retoma la idea de observar estos procesos como un continuo sin posibilidad de ruptura, pues aunque sean planos diferentes no dejan de ser las diferentes caras de una misma

moneda; y más cuando nos referimos a cuestiones tan complejas como estas herencias histórico-sociales-estructurales-culturales que dan forma al complejo entramado de las relaciones de poder.

Por todo ello, se pretende ‘aterrizar’ estas cuestiones tan abstractas a los elementos más microsociales y cotidianos de la vida diaria de los individuos. Siendo esto también una estrategia de integración entre los ejercicios de intelectualidad y activismo, como señalan autoras como Chela Sandoval (2000) o María Lugones (1994, 2010).

*La Relación con otras instituciones constructoras de ‘realidad’ social.*

Se considera a la familia como una de las unidades más básicas de lo social, más allá del individuo, en tanto grupo social siempre presente en Occidente y primer lugar de socialización del individuo –su primer escenario (GOFFMAN, 2001)–.

Sin embargo, pese a representar una institución clave en la construcción de identidad(es) para el individuo, sobre todo de género, estas puestas en escena sólo tienen sentido en tanto son reconocidas por las representaciones sociales de otros individuos (GOFFMAN, 2001).

Para que dichas representaciones colectivas efectivamente se conviertan en tales, deben ser reproducidas y reconocidas más allá de los marcos o del espacio que supone la institución familiar. Los significados que dan sentido a la identidad del individuo dentro de la familia sólo serán válidos en tanto desde otras instituciones e individuos éstas también se reproduzcan. Por este motivo, otras instituciones propiamente socializadoras y ‘constructoras’ de significados o realidad social, a la vez reproducen y crean la identidad que es aprendida e interpretada a partir de la familia.

No tendría sentido pensar en lo que representa ser hombre o mujer sin tener en cuenta lo que instituciones clave en la realidad sociocultural y su construcción entienden que es ser hombre o mujer (WYNTER, 1991, 2003).

Siguiendo la línea de autores como Bourdieu (2000, 2011) o Iturra (2003), se puede poner el énfasis en la importancia que tienen –al menos en algunos lugares con determinada tradición cultural, como el mundo occidental y aquel que [se] piensa con sus categorías– elementos o instituciones como la religión y la iglesia, el derecho y la escuela, en la formación de las identidades de género que establecen los marcos sobre los que se mueven aquellas que funcionarán como modelo en dicha sociedad. A través de ellos se definen las

características en las que se enmarcarán los comportamientos, valores, actitudes o símbolos que establecen tanto lo que es ser hombre como lo que es ser mujer, o lo que es masculino y lo que es femenino (BOURDIEU, 2000, 2011; ITURRA, 2003), y que en sí mismos encierran las lógicas de [micro]dominación de género.

(...) Las estructuras de dominación (...) son el producto de un trabajo continuado (histórico por tanto) de reproducción al que contribuyen unos agentes singulares (entre los que están los hombres, con unas armas como la violencia física y la violencia simbólica) y unas instituciones: Familia, Iglesia, Escuela, Estado (BOURDIEU, 2000, p. 50).

De hecho, incluso desde un enfoque weberiano –mucho más clásico para ‘disciplinas disciplinadas’– observamos cómo la religión termina por construir y definir aspectos que establecerán las conductas sociales e individuales, si bien no refiere a la identidad, sino la construcción del ‘ethos’ que actúa como una especie de estructura normativa.

Este elemento se enmarca como algo propio del grupo, sociedad o cultura, por lo que termina influyendo en las formas de las relaciones sociales y de poder. Así, podemos destacar como algo propio del ethos católico, o incluso occidental, la presión grupal y el alto grado de sometimiento a las normas provenientes de la Iglesia, lo que termina por reafirmar las ideas desarrolladas por Iturra (2003) de la importancia de elementos que vienen de la religión – Iglesia– y del derecho –normas– a la hora de definir la(s) identidad(es) de género, sobre todo en el seno de la familia.

A este respecto, se puede observar también a modo de ejemplo cómo las alteraciones en la legislación vigente han causado y causan diferentes cambios en las relaciones familiares, principalmente en las referentes a la relación entre cónyuges –en un marco ideal, una relación de adultos que se consideran pares respecto del poder entre ellos–. Tenemos un claro ejemplo en el tema de la regulación jurídico-administrativa e institucional de los matrimonios homosexuales. Con su regulación, o aprobación institucional se normaliza una práctica que tradicionalmente había sido fuertemente sancionada simbólicamente. Esto no quiere decir que se elimine toda discriminación contra la homosexualidad, ni muchísimo menos. Pero ayuda a comprender cómo estos marcos normativo-institucionales contribuyen en la construcción y modificación de significados y representaciones colectivas.

Podemos decir que “ser hombre o mujer no tiene otro sentido que la espera del comportamiento simbólico” característico de su posición (ITURRA, 2003, p 41), idea también

visible en Goffman (2001) o Wynter (1991, 2003). Y estas representaciones colectivas toman sentido en tanto son reproducidas por individuos e instituciones.

## *II.2. Familia, identidad y reproducción cultural. ¿Motor de cambio o elemento de resistencia?*

Una de las particularidades más interesantes que encierra la familia es la alta presencia del uso y la disputa de elementos clave como el cuerpo y los micro-espacios sociales (LUGONES, 1994, 2010).

Esto trae consigo prácticas sociales propias del mundo de lo ‘privado’, donde la familia es el gran escenario –siguiendo con esta idea del enfoque dramaturgico de Goffman (2001)– en el que los individuos construyen y reproducen ‘realidad’, cultura o poder.

Se puede entender, para el mundo occidental, la familia como un hecho de naturaleza política que tiende a funcionar como un elemento transmisor tanto de valores y formas de comportamiento como de herencias materiales en forma de patrimonio (SEGALEN, 1992). Así, la familia actúa como un elemento de reproducción social ya que “por la transmisión de una herencia material, cultural, social y simbólica, conserva las desigualdades sociales y culturales en el seno de las cuales la familia se enrosca para perpetuarlas” (SEGALEN, 1992, p 239). Pero también funciona como un elemento favorecedor del cambio social en tanto que los nuevos modelos familiares servirán como ‘referencias de cambio’ para las nuevas generaciones.

### *La Familia. Entre la Reproducción y la Resistencia.*

Se considera que los procesos de cambio social ocurridos en el interior de la familia son a la vez el reflejo y el motor de cambios socioculturales de mayor envergadura.

Por una parte, las nuevas dinámicas de poder que se dan en el interior de la familia son proyectadas hacia la sociedad en general, provocando así prácticas más igualitarias en la vida cotidiana y la aceptación colectiva de un nuevo tipo de significados acerca de lo que es y representa ser mujer, o ser hombre, respecto del poder simbólico.

Por otra parte, las dinámicas sociales, externas e incluso institucionales también pueden verse reflejadas en las micro-relaciones que surgen dentro de la institución familiar,

reproduciendo los significados y las representaciones colectivas que dan sentido a la reproducción de la dominación de género.

Al observar ambos niveles a la vez –micro y macro– se observa que los cambios entre diferentes niveles se producen a diferentes velocidades. Es decir, los cambios en el imaginario –cultura– se producen de forma lenta y paulatina, y el imaginario es el soporte principal de la dominación de género.

Así, el etnocentrismo y la heteronormalidad bajo el que se efectuó la colonización –y aquí también se debería incluir la idea de “colonialidad del poder” (QUIJANO, 2000)– provocó evaluaciones y juicios equivocados sobre cómo debían ser las cosas; ya que la interpretación de la realidad se realizaba bajo –y sólo bajo– las pautas culturales conocidas.

De esta manera, las múltiples diferencias del ser/actuar se leyeron como meros retrasos culturales; como si se tratase de un estadio anterior al de la “civilización”, deseable; donde la heteronormalidad representa el patrón a seguir, y salirse de esa línea cultural previamente trazada es sancionado mediante la exclusión o la sub-posición.

Todo esto se basó en una especie de presunción de que todas las culturas –más allá de su negación– seguían un mismo camino, lineal, en el que el mundo occidental se encontraba a la cabeza, y el cual, además, se auto-encomendaba la tarea de ‘civilizar’ a aquellos –que a sus ojos– no merecían siquiera un reconocimiento como humanos. Iturra (2003) añade que la “idea de lo masculino y lo femenino está imbuida por una forma de interpretar la realidad, claramente etnocéntrica, basada en las categorías bipolares tan características de nuestra cultura” (2003, p 44). Al respecto Segalen (1992) dice que “las representaciones colectivas son generadas socialmente; expresan problemas sociales; mantienen una correspondencia estructural con la organización social” (1992, p25)

Además resulta que esta ‘civilización’ cultural muestra uno de sus primeros signos en la ‘civilización del cuerpo’. Por ello, siguiendo a Lugones (1994, 2010), se debe entender el cuerpo como un espacio clave respecto de la dominación, como espacio de resistencia o como espacio colonizado en función de la situación individual. Y precisamente por ello el cuerpo se presenta como una de las claves contra la dominación de género, especialmente relevante en espacios cerrados como la familia.

Al modificarse el orden simbólico sobre el que se sostienen las implicaciones referentes a las identidades de género, se producen cambios tanto en la construcción de identidades como en las relaciones de poder derivadas de las mismas.

Las nociones de masculinidad y feminidad son construcciones culturales y conceptos occidentales que se manifiestan de forma diversa en otras sociedades, al igual que la idea de familia, a través de la cual se legitima la distribución desigual de tareas entre hombres y mujeres. (...) Se trata de nociones profundamente vinculadas a la estructura social y a las jerarquías establecidas en cada cultura. (ITURRA, 2003, p. 29).

Además, se puede señalar que en estos nuevos tiempos las personas no se adscriben a una sola identidad a lo largo de su vida, sino que nos encontramos ante un constante proceso de (re)construcción de la misma en las diferentes etapas vitales.

En este sentido, Segalen (1992, p. 26) expone que en la familia encontramos “dos órdenes fundamentales de relaciones necesarias”, refiriéndose con ello a las jerarquías existentes consecuencia de la “subordinación” basada en el género y, posteriormente, en la edad. Y en este sentido, el cuerpo juega un papel fundamental.

#### *Nuevas Identidades y Nuevos Tipos de Familias.*

Por cambios familiares se entenderán todas aquellas nuevas dinámicas de relación, de comportamiento y de distribución de tareas, roles y poder que se incorporan en la vida diaria de los individuos, concretamente en la vida familiar (SEGALÉN, 1992).

Se deben observar cuestiones como las pautas de empleo de los miembros de la familia, la implicación y relevancia en la economía del hogar, la ‘voz y voto’ en las decisiones familiares, la división y reparto de tareas domésticas y crianza de los hijos e hijas, etc. Y a partir de ahí se pretende observar cómo el poder es ejercido, y si efectivamente, a través de las prácticas cotidianas se presenta como una relación entre pares, donde el poder no es ejercido de manera lineal y jerárquica, de un individuo a otro, sino de manera horizontal y repartido entre individuos adultos. Éste sería el modelo ideal, en el que el género no establece la subordinación de unos individuos sobre otros a causa de una arbitrariedad cultural impuesta (BOURDIEU, 2000).

Esta violencia ejercida mediante elementos y formas simbólicas genera estructuras mentales que otorgan cierto sentido a las prácticas sociales e individuales; es ese punto en el que confluyen las estructuras sociales y mentales (BOURDIEU, 2000; BOURDIEU y WACQUANT, 2005, p 205).

Ahora bien, se sustenta aquí la idea de que una reformulación de dichas relaciones de poder tendrá, y de hecho tiene, un impacto directo y de considerable volumen sobre la construcción de identidad(es) (ITURRA, 2003).

Se vuelve por tanto a la idea de que la construcción de nuevos tipos de identidades de género reconfiguran el panorama de las micro-relaciones de poder, y que a su vez, dicha reconfiguración cuasi-estructural provoca unas consecuencias a nivel microsocial que son fácilmente observables a través de la construcción de identidades de género. Es decir, se da una relación de doble sentido entre la construcción de identidades de género y la constitución de nuevas formas familiares o nuevos tipos de hogares.

Por lo general, la confección de las identidades de género está marcada por una perspectiva cultural muy tradicional, basada en el modelo/sistema patriarcal (ITURRA, 2003; BOURDIEU, 2000), que trae consigo una visión y definición de la familia muy cerrada y sustentada sobre la posición privilegiada del individuo varón, adulto, con unas características muy particulares que definen su masculinidad. Y es a partir de esa definición de masculinidad hegemónica que se construyen las otras identidades en el interior de la familia –como no podía ser de otra forma, reproduciendo la visión del hombre como el atributo máximo de la naturaleza humana–.

Uniendo esta idea a las propias de las lecturas decoloniales del poder se podría decir que la noción de familia procede del “sistema-mundo europeo/euro-norteamericano capitalista/patriarcal moderno/colonial” (CASTRO-GÓMEZ y GROSGOUEL, 2007, p 13), y a partir de ahí se constituyen las identidades de género en base a unas posiciones previamente establecidas culturalmente –cuyos significados han sido contruidos, moldeados y utilizados por y para los hombres, para legitimar su posición de dominación y perpetuarse en ella–.

Volviendo a términos weberianos, debemos entender que las relaciones de poder provienen de la fuerza de los implicados, de manera que los hombres han funcionado como el elemento poderoso en tanto que controlaban las fuerzas del interior de la familia, entendiendo estas fuerzas como el poder económico –trabajando fuera de casa, etc.– o el simbólico –la imposición de la disciplina dentro del hogar...–, principalmente.

En ese sentido, la incorporación de la mujer a los espacios públicos, al mundo productivo más allá del ámbito reproductivo o la esfera privada, ha traído consigo una redefinición de las relaciones de poder basadas en el género así como de las identidades sobre las que se sustentan dichas posiciones. Sin embargo, no se debe dejar de señalar lo enormemente insuficiente que son todavía dichos cambios, y siguiendo con las ideas propuestas por autoras como Sandoval (2000), Lugones (1994, 2010) o Wynter (1991, 2003), la construcción, constitución y asentamiento de nuevos espacios propios se convierte en una necesidad.

Para ir cerrando, Segalen (1992) destaca y repasa trabajos que investigan la relación de las estructuras y modelos familiares con los procesos de cambio social, aunque señala que tanto la tradición francesa como, sobre todo la americana de principios y mediados del siglo pasado, ponen el énfasis y buscan las causas en los procesos de industrialización y urbanización.

Aquí radica la novedad de la propuesta que se presenta, ya que se pretende poner el énfasis en cuestiones menos estructurales –al menos de otro tipo– y más centradas en la acción, como las identidades de género y su relación con el cambio familiar.

Se considera que la importancia de nuevos modelos familiares como consecuencia de la aparición de nuevas formas de identidad masculina puede suponer un elemento clave a la hora de facilitar la adaptación a los nuevos retos sociales y familiares. Se entiende que las identidades de género, en tanto portadoras de posiciones respecto del poder, son a la vez causa y consecuencia de los nuevos modelos familiares y de la reconfiguración de las micro-relaciones de poder.

Así ante los discursos progresistas nos podemos encontrar ante la paradójica situación de que ser hombre se convierte en una ‘hándicap’ en la teoría o el discurso, pero en una ventaja en la práctica o la vida real-cotidiana.

Siguiendo a Lugones (1994, 2010), sólo de la unión entre activismo e intelectualidad se lucha realmente contra la dominación de género; dominación que viene del nivel más abstracto, propio de las ideas, para traer consigo nuevas prácticas, configurando un nuevo marco sociocultural legitimado tanto por los significados o representaciones colectivas como por las prácticas sociales visibles en la vida cotidiana.

### **III. Conclusiones**

Como cierre para este trabajo se pone de manifiesto la necesidad de despatriarcalizar para poder decolonizar. Se entiende que sin la despatriarcalización, el proyecto decolonizador sería un sinsentido, por no atacar una de las bases y categorías clave del modelo/sistema cultural dominante [“sistema-mundo europeo/euro-norteamericano capitalista/patriarcal moderno/colonial” (CASTRO-GÓMEZ y GROSFUGUEL, 2007, p 13)]

La lucha, más allá de las prácticas sociales cotidianas, se encuentra en cambiar las representaciones y significados que construyen y moldean las categorías y/o esquemas

cognitivos del individuo, consecuencia de unos hechos socioculturales históricamente impuestos y reproducidos.

Por tanto, tal y como plantean Castro-Gómez y Grosfoguel, se debe entender la “decolonialidad como un proceso de resignificación a largo plazo” (CASTRO-GÓMEZ y GROSGOQUEL, 2007, p 17).

Retomando el concepto de la “la colonialidad del poder” de Aníbal Quijano (2000) se considera que se nos encontramos ante una idea que debe ser aterrizada a cuestiones menos estructurales de lo que los teóricos ‘clásicos’ del sur y la decolonización las han llevado. Principalmente a cuestiones como la colonización/apropiación del poder en términos microsociales, reproducidos por el individuo a través de una suerte de ‘estructuralismo antropológico’.

En ese sentido, el papel de los intelectuales y la intelectualidad resulta clave, pero no sólo como un proyecto académico-artístico-intelectual, sino como un proyecto global, que aúne intelectualidad y activismo. La Academia por sí sola se queda pequeña para un proyecto de tales magnitudes, más aún si se parte de la premisa de que la ‘objetividad’ de las ciencias sociales eurocéntricas representa una suerte de *‘estrategia de apropiación de la buena moralidad’* para desarrollar, plenamente y con ‘legitimidad científica’, la dominación cultural de la que ellos eran/son partícipes.

En este sentido, la propuesta de Lugones (1994, 2010) resulta especialmente interesante. Partiendo de una subjetividad implícita a todo individuo, sea *‘científico social’*, activista o simplemente individuo-ciudadano, frente a una imaginaria e idealizada objetividad de las ciencias sociales (HARAWAY, 1991), debemos comenzar el cambio desde nosotros mismos, de nuestro propio compromiso y responsabilización.

La lectura que se hace de María Lugones es la de una propuesta especialmente acertada, que va un paso más allá de la mayoría de intentos académico-artístico-intelectuales. Partiendo de una perspectiva o un enfoque constructivista, con intenciones deconstructivas como herramienta teórico-práctica, se entiende su posicionamiento como una lucha de 3 niveles.

1) Propone una compleja comprensión crítica de un fenómeno complejo como la dominación cultural, las relaciones de poder y la imposición de posiciones. En este punto aúna al ‘mundo’ de las ideas, de los significados/representaciones con el ‘intermedio discursivo’, aquellos ámbitos que dan sentido a las prácticas sociales, uniendo los diferentes niveles.

2) En segundo lugar, lleva a cabo un complejo trabajo de deconstrucción teórico-analítico con un importante anclaje cuasi-empírico, a partir de su experiencia y su propia subjetividad como elemento comprensor del mundo y de estas relaciones.

3) Y por último, y esto es lo más importante y novedoso, propone una reconstrucción de todo el entramado sociocultural, simbólico y comprensivo que aúna los dos niveles (representaciones/significados y prácticas), pasando por ese 'intermedio discursivo', a través de su propio activismo.

Se considera este elemento como el gran aporte de Lugones a los trabajos y al pensamiento decolonial; como una consecuencia directa de su enfoque proveniente de la filosofía pragmatista.

Los dos primeros son a menudo vistos y repetidos desde las esferas críticas de la intelectualidad o la Academia, pero la tercera, más allá de una simple propuesta es pasada a la acción a través de su propia experiencia e implicación; a través de su activísimo. Sólo de la unión entre intelectualidad y activismo podemos fomentar y reforzar este tipo de procesos de cambio social. Intelectualidad y conciencia, filosofía desde el activismo social.

## BIBLIOGRAFÍA

BOURDIEU, Pierre. *La dominación masculina*, Barcelona: Anagrama. 2000

BOURDIEU, Pierre. *Las estrategias de la reproducción social*, Buenos Aires: Siglo XXI. 2011

BOURDIEU, Pierre y Löic WACQUANT. *Una invitación a la sociología reflexiva*, Buenos Aires: Siglo XXI. 2005

CASTRO-GÓMEZ, Santiago y Ramón GROSGUÉL. Prólogo. Giro decolonial, teoría crítica y pensamiento heterárquico, en Santiago CASTRO-GÓMEZ y Ramón GROSGUÉL. *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Bogotá: Iesco-Pensar-Siglo del Hombre. 2007. pp. 9-23. Disponible en: <http://www.ram-wan.net/restrepo/decolonial/2-prologo-giro%20decolonial.pdf>

DE MARINIS. 16 comentarios sobre la(s) sociología(s) y la(s) comunidad(es). *Papeles del CEIC*, nº15, 2005. pp. 1-39. Disponible en: [dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/1122074.pdf](http://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/1122074.pdf)

GATTI, Gabriel. *Identidades débiles*. Madrid: CIS. 2007

GATTI, Gabriel. Algunas anécdotas y un par de ideas para escapar de las ficciones modernas acerca de la identidad colectiva, *e-Cadernos*, CES, nº 7, 2010. pp. 8-22. Disponible en:

[http://www.ces.uc.pt/e-cadernos/media/ecadernos7/01%20-%20Gabriel%20Gatti%2023\\_06.pdf](http://www.ces.uc.pt/e-cadernos/media/ecadernos7/01%20-%20Gabriel%20Gatti%2023_06.pdf)

GOFFMAN, Erving. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu. 2001.

HALL, Stuart. ¿Quién necesita identidad?, en VV.AA. *Cuestiones de identidad cultural*. Barcelona: Amorrortu. 2003. pp. 13-39.

HARAWAY, Donna J. A Cyborg Manifiesto: science, technology and socialist-feminism in the late twentieth century, en *Simians, Cyborgs and Women: the Reinvention of Nature*. New York: Routledge. 1991. pp. 149-182

ITURRA, Raúl. La construcción social de la masculinidad, en José M. VALCUENDE y Juan BLANCO: *Hombres: la construcción cultural de las masculinidades*, Madrid: Talasa Ediciones. 2003.

LUGONES, María. Purity, Impurity, and Separation, en *Signs*, Vol. 19, Nº2, 1994. pp. 458-479. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/3174808?seq=2>

LUGONES, María. Towards a decolonial feminism, en *Hypatia*, Vol. 25, Nº4, 2010. pp. 742-759.

QUIJANO, Aníbal. Colonialidad del poder y clasificación social, en *Journal of World-System Research*, Nº2, 2000. pp. 342-386. Disponible en: <http://www.jwsr.org/wp-content/uploads/2013/05/jwsr-v6n2-quijano.pdf>

SANDOVAL, Chela. *Methodology of the Oppressed*. Minneapolis: University of Minnesota Press. 2000.

SEGALEN, Martine. *Antropología histórica de la familia*. Madrid: Taurus. 1992

WYNTER, Sylvia. Tras el ‘hombre’, su última palabra: sobre el posmodernismo, les damnes y el principio sociogénico”, en *Nuevo Texto Crítico*, Nº7, 1991. pp. 43-84.

WYNTER, Sylvia. Unsettling the Coloniality of Being/Power/Truth/Freedom. Towards the Human, after man, its overrepresentation—An argument, en *The New Centennial Review*, Vol. 3, N3, 2003. pp. 257-337.

**Recibido em: 08/04/2014. Aceito em: 09/09/2014.**